

Viejos y nuevos oficios. Las prácticas profesionales de los sociólogos en Argentina y Brasil en los últimos veinticinco años

Avance de investigación en curso
Juan Pedro Blois (UBA-UNGS-CONICET)

Resumen

Esta ponencia se propone analizar el proceso de diferenciación y expansión de las prácticas profesionales de los sociólogos en Argentina y Brasil desde una perspectiva comparada. Aun cuando desde mediados del siglo pasado, la disciplina presenta una trayectoria ciertamente diversa en cada país (condicionada por una particular forma de relacionarse con el Estado), se observa una fuerte semejanza en la forma como los sociólogos de cada país se desenvuelven en los diversos escenarios que conforman su mundo laboral.

Introducción

En las últimas décadas, los espacios laborales de los sociólogos en Argentina y Brasil tuvieron un notable crecimiento y heterogeneización. Por un lado, las instituciones académicas experimentaron un proceso de “profesionalización” que, aun con diferencias en cada caso y de acuerdo a diferentes temporalidades, ampliaron los lugares donde era posible dedicarse a la docencia y la investigación social. Por otro lado, se sumaron un conjunto de instituciones no académicas que comenzaron a contratar un número cada vez mayor de sociólogos. Dependencias estatales, consultoras de opinión pública y agencias de análisis de mercado, grandes empresas privadas y ONG, contrataron sociólogos para realizar diversas tareas: diagnóstico, planificación, gestión, análisis organizacional, etc. El mundo del trabajo se complejizaba y ofrecía nuevas oportunidades o “tareas vacantes”¹.

Desde la orientación y confección de las políticas públicas contra la pobreza hasta el manejo de las estrategias de comunicación publicitaria de grandes empresas multinacionales, el abanico de actividades y tareas fue ciertamente amplio. A diferencia de otros perfiles profesionales, los sociólogos mostraron una notable versatilidad y una gran capacidad para penetrar en diversos campos de intervención (alcanzando en varios casos posiciones de jerarquía). Esos cambios expresaban las transformaciones más generales de la sociedad argentina y brasileña en el contexto de la denominada “sociedad del conocimiento” (Castells, 1999), signada por una creciente valoración del saber técnico como un recurso indispensable para diversas tareas e instituciones (Dubet, 2012).

Aunque no se tratara de un hecho sin precedentes², lo anterior supuso una redefinición profunda del escenario de la sociología en Argentina y Brasil, con un número creciente de individuos que utilizan las herramientas propias de la disciplina en distintas instituciones o esferas de la sociedad civil y el Estado, al tiempo que reivindican unas capacidades y credenciales diferentes a las valoradas en el

¹ En el caso de Brasil se considera como sociólogo al individuo que posee diploma universitario en “Ciencias Sociales”. A diferencia de lo que ocurre en Argentina donde ya desde la formación de grado la Sociología se haya constituida como carrera particular (que ofrece el título de “licenciado en sociología”), la diferenciación entre esa disciplina y las otras ciencias sociales (centralmente la antropología y la ciencia política) se da por lo general a partir del nivel de maestría. En este estudio, siguiendo lo realizado por los investigadores brasileños que han estudiado el desarrollo de las prácticas profesionales de la sociología, serán comprendidos los sociólogos que actúan en diferentes áreas que tengan como base la formación de “cientista social”. Ver al respecto, Alves (2007).

² Desde hacía varias décadas era posible encontrar sociólogos desarrollando actividades “aplicadas” más allá de los círculos académicos (Moraes Filho, 1966; Suárez, 1973).

Cuando la referencia al texto citado no es en español la traducción es propia.

medio académico. En un marco signado por el retroceso de la figura del “intelectual público” -de gran predicamento entre los sociólogos en los años sesenta y setenta (Svampa, 2008)-, se produjo el ascenso de un conjunto variado de prácticas profesionales: el “trabajo académico”, la “consultoría para ONG”, el “trabajo en el Estado”, la “investigación de mercado”, el “análisis de opinión”, entre otras.

La presente ponencia se propone analizar los procesos de diferenciación profesional de la sociología en Argentina y Brasil en una perspectiva comparada. Contra lo que se podría esperar dadas las trayectorias históricas ciertamente disímiles de la disciplina en uno y otro país y sus particulares formas de institucionalización, según intentará mostrar a continuación, la forma en que los sociólogos de ambos países se desempeñan en los diversos escenarios presentan marcadas convergencias

En primer lugar, se reconstruirán brevemente la trayectoria de la disciplina en Argentina y Brasil, procurando ilustrar algunas de sus diferencias. A continuación, se realizará el análisis de las prácticas profesionales de acuerdo a una serie de ejes (la vinculación entre espacios de formación y mundo del trabajo, el papel de las asociaciones o colegios representativos de la profesión, las jerarquías reconocidas entre las diversas prácticas asumidas por los sociólogos, su vinculación con sus clientes y empleadores). Se buscará mostrar las semejanzas existentes entre los casos estudiados³.

La trayectoria de la sociología en Argentina y Brasil

Cuando se consideran en clave comparada las trayectorias de la sociología en Brasil y Argentina saltan a la vista fuertes diferencias. Si bien es posible reconocer ciertas afinidades (así, por ejemplo, es usual llamar la atención sobre la sucesión más o menos acompasada que, a grandes rasgos, siguieron las respectivas agendas temáticas a lo largo del tiempo), lo cierto es que los esfuerzos por institucionalizar y legitimar la disciplina realizados en ambos países tuvieron suertes diferentes. Mientras en Argentina el desarrollo de la sociología aparece signado por una sucesión accidentada de etapas, muy divergentes entre sí, en Brasil, en contraste, su desarrollo está marcado por una relativa estabilidad y un recorrido en el que, aun cuando no falten los momentos de crisis y reorientación profundos, resaltan las continuidades sobre las rupturas.

En Argentina la trayectoria de la sociología se caracterizó por una fuerte inestabilidad, con momentos de quiebre que, en varios casos, demarcaron períodos que se pretendían “refundacionales” y rechazaban lo hecho hasta entonces. Lejos de un continuado y progresivo proceso de institucionalización, se produjo una sucesión conflictiva de etapas en las que la orientación de la disciplina variaba sustancialmente. Cada etapa, que no duraba más de cinco o seis años, se presentaba como refundacional e impugnaba lo hecho hasta entonces.

Tal inestabilidad estuvo asociada a la inexistencia de un acuerdo sobre lo que debía ser la disciplina. Antes bien, los límites, las formas de trabajo y el propio sentido de la sociología fueron siempre objeto de álgidas luchas y disputas. Si para algunos, como Gino Germani, fundador de la primer carrera en el país, la sociología era una disciplina científica que, aun cuando estuviese motivada por dar respuestas a las necesidades urgentes de su sociedad, debía distinguirse del discurso ideológico y político, para otros la idea de profesión no concitaba ningún interés y aparecía como una coartada que, en base a una falsa neutralidad, ponía al sociólogo a favor del manteniendo del orden vigente y al servicio de los poderosos. Las disputas fueron tales que fue posible hablar de “sociologías” en plural, estilos o grupos que no se reconocían como interlocutoras válidos (Delich, 1977).

³ Esta ponencia presenta los primeros hallazgos de una investigación en curso. Para el caso argentino, el análisis está basado en el trabajo realizado para mi investigación de doctorado (Blois, 2012). Para el caso brasileño, está sustentado en una serie de investigaciones realizadas por sociólogos brasileños, información secundaria y entrevistas realizadas a informantes clave (investigadores especializados y sociólogos vinculados a las instituciones representativas de la profesión). Dado que esas investigaciones tratan por lo general los casos de San Pablo y Río de Janeiro, tal vez sería más preciso referirse a la sociología carioca y paulista –y no brasileña-.

Pero las rupturas y reorientaciones experimentadas por la sociología en Argentina no fueron solamente consecuencia de las diferencias entre los propios sociólogos. Lejos de ello, esas rupturas estuvieron fuertemente condicionadas por las sucesivas crisis políticas y sociales que sacudieron la vida del país. Incapaz de mantenerse al margen de la inestabilidad que signó el período posterior a la experiencia peronista, los recambios en las autoridades gubernamentales coincidieron por lo general con renovaciones profundas del plantel docente. Sólo a partir de la vuelta de la democracia a mediados de los años ochenta se inaugura un período de estabilidad que, en buena medida, se extiende hasta nuestros días. La institucionalización de la sociología en Argentina y sus vaivenes indican la validez de lo observado por Sigal (1991) cuando refiere que las periodizaciones políticas proporcionan un marco posible para una historia de la vida intelectual y académica durante el siglo XX.

En comparación, el derrotero de la sociología en Brasil aparece signado por la acumulación y la progresiva institucionalización. En efecto, desde mediados de los años treinta, momento en el que la disciplina desembarca en la academia como carrera universitaria, la sociología tendió a consolidar y expandir su presencia en las instituciones de educación superior y en las agencias de fomento científico. En ese sentido, entre quienes se han dedicado a estudiar el derrotero de la disciplina existe un marcado consenso en torno al “éxito” de su institucionalización que, dada su magnitud, resulta comparable con aquel propio de los países más avanzados (Miceli, 2001). Sea que se refiera la cantidad de carreras de grado y cursos de posgrado, sea que se mencione la proliferación de revistas especializadas, sea que se destaque la apreciable porción de financiamiento que le acuerdan las instituciones de fomento científico, todos coinciden en señalar su consolidación y fortaleza (Trindade, 2007; Villas Boas y Chor Maio, 1999).

Por supuesto, eso no quiere decir que no hayan existido fuertes divergencias a la hora de concebir el papel de la sociología y el rol del sociólogo en la sociedad. Cabe recordar aquí las marcadas diferencias entre los estilos sociológicos que caracterizaron los dos polos intelectuales más importantes del país: San Pablo y Río de Janeiro. Mientras en el primero, motorizado en buena medida por el accionar de los docentes extranjeros, transmisores de una cultura académica que reivindicaba fuertemente la autonomía académica, predominó un ejercicio más autocentrado de la sociología, en Río de Janeiro se afirmó, en contrapartida, una definida vocación por la intervención política e ideológica directa.

Ahora bien, a diferencia de lo ocurrido en Argentina, semejantes diferencias no impidieron el diálogo e intercambio entre quienes adherían a uno y otro estilo⁴. Si no faltaron las críticas agudas y los argumentos filosos, el hecho mismo de la polémica demuestra el reconocimiento del otro como miembro de una misma comunidad disciplinaria.

Los derroteros de la sociología en Argentina y Brasil no pueden ser desvinculados de las particulares relaciones que la disciplina tejió en cada caso con las elites y el Estado. En Brasil, aun cuando ese vínculo no estuvo exento de tensiones y conflictos, los sociólogos, en momentos y coyunturas sociales y políticas ciertamente diferentes, pudieron aprovechar la receptividad que, bajo diversas modalidades, esos actores tuvieron hacia la disciplina y legitimar de ese modo –también bajo modalidades diferentes- la pertinencia de sus labores. Si ello pudo asegurar un significativo apoyo material para la disciplina produjo también una amplia expectativa sobre su papel o rol en la resolución de los problemas y desafíos que las elites y el Estado reconocían como más apremiantes.

Esa vinculación se inscribía en la relación más amplia entre intelectuales, elites y Estado que, desde la propia constitución del Estado brasileño había dado un marcado protagonismo a la ciencia y al saber especializado –sea como sea que se lo definiera- a la hora de orientar las iniciativas políticas y los horizontes de acción. Desde entonces y durante buena parte del sigloXX, se dio un proceso de mutuo reforzamiento: mientras las elites buscaban en el discurso y hallazgos de los intelectuales un recurso

⁴ Cabe recordar aquí las prolongadas polémicas entre Florestan Fernandez, Roger Bastide, Emilio Willems, Luiz Costa Pinto y Alberto Guerreiro Ramos. Al respecto, entre otros, puede verse, Bariani (2003, 2012) y Villas Boas (2006).

capaz de fundamentar y legitimar sus iniciativas –para lo cual emprendían activas políticas culturales-, los intelectuales (en sus más diversas orientaciones), atendiendo esas demandas, procuraron constituirse como un grupo con la capacidad de intervenir activamente en la esfera pública “al servicio de la construcción política del país” (Pécaut, 1990).

Lo anterior contrasta de manera marcada con lo ocurrido en Argentina donde la vinculación entre intelectuales, elites y Estado fue ciertamente problemática, como lo muestran la relación conflictiva de las autoridades políticas con las universidades públicas y el paralelo florecimiento de circuitos intelectuales alternativos y en disputa con los oficiales⁵. El vínculo no fue distinto con otras instituciones de la sociedad civil (como los sindicatos, las organizaciones empresarias o los partidos políticos mayoritarios) donde raramente los intelectuales pudieron incorporarse o ser reconocidos como voces de peso. Entre esas instituciones y los intelectuales tendió a predominar una persistente desconfianza (Sigal, 1991). Antes que un mutuo reforzamiento, entre una intelectualidad capaz de ponerse “al servicio” del Estado y un Estado susceptible de acogerla y reconocerla como puntal indispensable en su propia construcción y legitimación, predominó la mutua desconfianza. Los intelectuales, y entre ellos los propios sociólogos, tendieron a definir su intervención e identidad “en contra” del Estado. Éste, como contrapartida, tendió a ignorarlos (cuando no los perseguía).

Así, en Brasil, cuando se produce la incorporación de la sociología al medio universitario a comienzos de la década de 1930 con la fundación de la carrera de Ciencias Sociales en una serie de instituciones, la disciplina contaba ya con una imagen pública reconocida entre las elites y los intelectuales⁶. La incorporación de la sociología como disciplina universitaria fue, de hecho, una iniciativa de las propias elites paulistas y cariocas que buscaban, por esa vía, asegurar su liderazgo cultural y político a nivel nacional. De ahí su iniciativa para convocar un conjunto de profesores e investigadores extranjeros como estrategia de importación de la nueva disciplina (Massi, 1989). Aun cuando posteriormente los espacios de formación redefinieran sus metas y reclamaran, al menos en San Pablo, una mayor autonomía frente a las orientaciones de sus mentores, el apoyo no mermó.

No se trataba, en ese sentido, como ocurriría tiempo después en Argentina, de una empresa liderada por un “héroe modernizador” sin demasiadas vinculaciones con las elites sociales y políticas que, no obstante, pudo aprovechar una particular coyuntura política que fijó un amplio margen de autonomía a la institución universitaria y aseguró su control a ciertas franjas de las clases medias en ascenso (Neiburg, 1998; Sarlo, 2002). Germani, en efecto, debió buscar la legitimación de su apuesta frente a diversas audiencias o públicos, intelectuales y legos. Se trataba de asegurar la estabilidad y sustento de la nueva empresa, convenciendo de la utilidad de los servicios que la nueva disciplina podría ofrecer. Lo ocurrido en la Carrera de la UBA a partir de 1966 con el golpe de Estado y la desarticulación -y recomposición sobre bases ciertamente distintas de las proyectadas por el sociólogo italiano- dan cuenta de la debilidad de esos lazos. Sin mentores o protectores con llegada a las nuevas autoridades militares, la mayoría de los docentes que Germani había incorporado o formado debieron dejar sus cargos para refugiarse en lo otras instituciones o directamente en el exterior.

Al analizar el impacto de los golpes de Estado sobre la disciplina, las diferencias en la relación de la sociología con el Estado no podrían ser mayores. Frente al accionar fuertemente desarticulador experimentado durante la última dictadura en Argentina, el régimen impuesto en 1964 en Brasil constituyó una “época dorada” en el proceso de institucionalización y expansión de la sociología en Brasil. El accionar de las autoridades combinó una definida intervención represiva, tendiente a cortar la

⁵ Como el Colegio Libre de Estudios Superiores durante el primer peronismo o los centros privados de estudio e investigación en los años sesenta y setenta. Cf. Blanco (2006); Sábato (1993).

⁶ Las instituciones pioneras fueron la Escuela Libre de Sociología y Política (ELSP) y la Universidad de San Pablo (USP), en San Paulo, y la Universidad del Distrito Federal (UDF), prontamente reemplazada por la Facultad Nacional de Filosofía (UNFi) en Río de Janeiro. Cabe mencionar que ya se daban clases de sociología en algunas instituciones dispersas desde hacía algunos años, sea como parte de la formación de abogados (en la Facultad de Derecho de Ceará), sea como parte de la formación de profesores de enseñanza fundamental en ciertos colegios normales (Liedke Filho, 2005)

visibilidad y los lazos que la intelectualidad progresista había construido con públicos más amplios, con una política de expansión y “modernización” de las instituciones académicas y científicas que no tenía precedentes. Aun cuando esa política no tenía a la sociología como destinataria, terminó favoreciendo un fuerte desarrollo, visible sobre todo en la fuerte ampliación del nivel de posgrado y los subsidios disponibles para investigación (Miceli, 2001). Tales factores, el repliegue de las discusiones políticas e ideológicas, por un lado, y el incremento de los recursos disponibles, por el otro, favorecieron la expansión de la sociología como una práctica profesional académica, donde los destinatarios eran, en detrimento de la tradición carioca, los propios pares (Vianna, 1994).

En Argentina, la Carrera de la UBA fue inicialmente cerrada y separada de la Facultad de Filosofía y Letras, institución en la que había sido fundada. Sólo es reabierto en 1977 en condiciones irreconocibles. Emplazada en la Facultad de Derecho, en un conjunto de aulas de su sótano, su ubicación expresaba la valoración que tenían las autoridades universitarias y políticas de una carrera que, dada la incertidumbre sobre qué destino darle, pudo haber sido cerrada⁷. Los nuevos profesores tenían una formación poco especializada en la disciplina: las sucesivas “sociologías” que se habían sucedido en el control de la institución –la “sociología científica”, la “sociología nacional”, la “sociología marxista”– fueron excluidas por igual. Aprovechando este vacío, su lugar fue ocupado por docentes que en el pasado habían mantenido escasas vinculaciones con la Carrera. Hubo, como consecuencia, una fuerte baja del número de estudiantes, una novedad en el marco de la tendencia de una matrícula que, en el clima de optimismo modernizador primero y de fuerte politización después, siempre se había mostrado ascendente. La persecución política y la baja calidad de la enseñanza llevaron a los jóvenes que, aun en el clima represivo vigente, quisieran estudiar sociología, a elegir universidades privadas.

Mientras los militares brasileños propiciaron el desarrollo de un fuerte sistema de posgrados que vinculase la docencia y la investigación, en Argentina, aun cuando no eliminaron la inversión en ciencia y técnica, buscaron separarla de las universidades (en su visión, ambientes propicios para el accionar que denominaban “subversivo”). Los recursos fueron, de ese modo, redirigidos hacia una serie de institutos no universitarios, promoviendo una fuerte separación entre la docencia y la investigación (Bekerman, 2009).

En ese marco, como es sabido, cobraron importancia los denominados centros privados de investigación que en Argentina y Brasil sirvieron de refugio para los sociólogos que habían sido separados de sus cargos por las autoridades militares. Ahora bien, si en ambos casos contaron con un financiamiento externo que condicionó fuertemente sus agendas e intereses en un sentido que no siempre coincidía con las motivaciones de quienes debían realizar los estudios (Sorj, 2001), los centros brasileños, fieles a la tradicional relación de los intelectuales con la política y el Estado, pudieron realizar una serie de investigaciones sobre la coyuntura político y social, asumiendo un rol central en la oposición al régimen militar y en los debates y polémicas en torno al retorno a la democracia. Sus miembros, entre los que destaca Fernando Henrique Cardoso, asumieron un rol central en la coyuntura a punto tal que Pécaut habla de la conformación de un verdadero “partido intelectual” (Pécaut, 1990). Tal visibilidad contrastaba fuertemente con lo que ocurría con los centros privados en Argentina en aquellos años, obligados a operar en la denominada “universidad de las catacumbas”, fuertemente “encapsulados”, más conectados con las agendas y preocupaciones de quienes desde el exterior

⁷ Cabe señalar que desde su creación en 1957 hasta la actualidad la Carrera de Sociología ha funcionado en más de una veintena de lugares diferentes. Como apunta Bonaldi, ello “refleja, en parte, una accidentada trayectoria institucional marcada por rupturas y discontinuidades al calor de los acontecimientos políticos nacionales [pero] es también un indicador de la compleja y conflictiva relación de la sociología con el *establishment* universitario local. La falta de un edificio apropiado o la histórica escasez de los recursos mínimos de funcionamiento son consecuencia del pobre desempeño económico de la Argentina en su conjunto durante el último medio siglo, pero también de la posición subordinada e infravalorada de la sociología y de las ciencias sociales en general” (Bonaldi, 2009:135).

financiaban sus actividades que con problemáticas “calientes” del medio local (Sábato, 1993). Como afirma Pécaut:

O Brasil não é a Argentina. Neste último país, cada ruptura política se traduz numa grande crise das instituições intelectuais –as universidades em primeiro lugar-, na substituição das camadas de intelectuais que presidem a definição das propriedades do campo intelectual e de suas formas de classificação [...] Nada disso ocorre no Brasil. As instituições persistem, apesar da repressão política [...] Nada simboliza melhor essa permanência do que o lugar ocupado pelas ciências sociais [durante la dictadura militar iniciada em 1964] que não só conhecem um desenvolvimento sem precedentes –aún más notável por coincidir como os piores años da ditadura- como também ficam más imbricadas do que nunca na interpretação da conjuntura e servem, tanto quanto no passado, para promover um “senso comum” político em meio ao vasto público que atingem (Pécaut, 1990:262).

Lo anterior es una muestra de la relativa centralidad que la sociología ha tenido tradicionalmente en el propio campo intelectual y político brasileño desde sus propios orígenes. Sea como sea que se la entendiese, como un cierto “punto de vista” en el ensayo, como “cultura” capaz de contribuir a la formación de las elites, como una disciplina “científica”, como “ideología” esclarecida que debía contribuir a la formación de la conciencia nacional, el discurso sociológico conquistó a lo largo del tiempo un lugar de marcada relevancia en la esfera pública. Es en ese sentido que Vianna afirma que cada “sociedad, por diferentes motivos y circunstancias, acaba por conceder preferencia a un cierto tipo de narrativa sobre sí misma, como a la de la música y la de la filosofía en la Alemania del siglo pasado, a la de la literatura en la Francia y la Rusia también en el mismo período, a la del cine y del periodismo en la América contemporánea. En el Brasil de hoy, parece ser un hecho innegable que la narrativa de la ciencia social ha sido seleccionada como una de las formas de producir una representación de la sociedad sobre sí misma” (Vianna, 1998:25). Difícilmente se podría sostener algo así para el caso argentino.

Los sociólogos y el mundo del trabajo en Argentina y Brasil

De acuerdo a lo visto en la sección anterior, hemos podido constatar que la sociología en Argentina y Brasil, fruto de trayectorias particulares signadas por una relación diferente con el Estado, el campo cultural y científico, la política y el espacio público, presentan marcadas diferencias. Mientras en el caso brasileño, como indicamos, se suele reconocer en el proceso de institucionalización de la sociología una experiencia “exitosa”, consolidada desde la vuelta de la democracia, en el otro caso, pese a valorarse los sustantivos avances realizados en los últimos años en términos de reconstitución de los espacios académicos, la insatisfacción es moneda corriente (Murmis, 2007; Pereyra, 2007).

Tales diferencias no se expresan, sin embargo, cuando se observa el modo como los sociólogos se vinculan con el mundo del trabajo. Allí, contra lo que se podría esperar a partir de historias tan divergentes, los contrastes pierden fuerza en favor de las semejanzas. Para analizar las prácticas profesionales de los sociólogos en Argentina y Brasil, en esta ocasión nos centraremos en los siguientes ejes: la relación entre las carreras y las prácticas de sus graduados; el rol de las asociaciones o colegios de profesionales; y, finalmente, la relación de los sociólogos con sus clientes o empleadores⁸.

Los espacios de formación y las prácticas profesionales de los sociólogos en Argentina y Brasil

⁸ Por una cuestión de espacio, no hemos podido considerar la relación de los sociólogos con las otras profesiones o competencia interprofesional.

La realización de cualquier carrera universitaria constituye siempre una marca muy fuerte en la vida de las personas. Estudiar sociología o ciencias sociales no es una excepción. Para buena parte de quienes allí se forman la socialización universitaria constituye no sólo una etapa de fuerte transición vital (que suele ir de la mano de una mayor independencia de la familia y la generación de nuevos vínculos sociales), sino el momento de una marcada ruptura que cambia su forma de ver el mundo y pone en cuestión anteriores certezas en favor de un nuevo marco interpretativo y valorativo⁹. Cabe preguntarse entonces cuál es la idea de sociología que predomina en las carreras universitarias, a qué metas y cánones se asocia, cuál es la relación que plantea entre formación profesional e inserción laboral.

En Argentina, al igual que en Brasil, las carreras universitarias tienen por lo general como finalidad, más o menos explícita, la formación de sociólogos dedicados a la vida académica¹⁰. Las tareas que aparecen como deseables son la docencia y la investigación. Frente a ese ideal, las otras opciones laborales son por lo general ignoradas (o bien subestimadas y desvalorizadas). Todas ellas (sea que se den en el mercado, en el sector público o en el denominado tercer sector) parecen estar por debajo de la figura del investigador docente. En Brasil, dada la difusión e institucionalización del sistema de posgrado, tal orientación resulta reforzada: para los docentes y buena parte de los alumnos la graduación aparece solamente como un paso previo necesario para acceder a la maestría (y luego al doctorado).

De esa manera, los espacios de formación tienden a plantear un fuerte clivaje entre el ejercicio académico y no académico de la disciplina. En la medida en que por lo general no se incorporan las experiencias que los sociólogos desarrollan más allá de los muros universitarios, se opera como si no todas las inserciones laborales a las que es posible acceder con un título de sociólogo son verdaderamente constitutivas de la disciplina. Así, los futuros graduados aprenden a distinguir entre sociólogos “de primera”, aquellos insertos en la academia, y sociólogos “de segunda”, aquellos empleados en distintas instituciones no académicas. Quienes no quieran o no puedan insertarse en el medio académico deberán lidiar con la sensación de poner en juego una práctica cuyo estatus “sociológico” o pertenencia a la disciplina está ciertamente en duda.

La conjunción de ambos procesos, por un lado, un mercado laboral sumamente dinámico y cambiante, y, por el otro, unos espacios de formación refractarios a incorporar la experiencia de buena parte de sus graduados en ese mercado, suele traducirse en un marcado desfase entre el conjunto de ideas y expectativas sobre el ejercicio de la sociología que los alumnos adquieren durante la socialización universitaria y los roles que, en una buena proporción, deben asumir una vez graduados. Como apunta Braga, “parece haber un desfase [...] entre lo que se espera de la profesión, principalmente por el sector encargado de la formación de los diplomados, y la dinámica actual del mercado de trabajo” (Braga, 2009:149). Si bien podemos suponer que hay siempre una relativa distancia entre formación universitaria y práctica profesional, propia de la transición al mundo del trabajo, en este caso la magnitud es particularmente marcada. Buena parte de los desvelos y tensiones con los que los jóvenes sociólogos argentinos y brasileños tienen que lidiar en el momento de su inserción laboral deben vincularse con la distancia entre un mercado de trabajo cambiante y unos espacios de formación relativamente cerrados a estos cambios.

⁹ Según el propio testimonio de los graduados, en Argentina y Brasil, la sociología constituye una disciplina capaz de ofrecer una mirada “integral” del mundo, que “abre los ojos”, y “contextualiza las cosas que suceden”, que permite “ir más allá de las falsas evidencias e ilusiones del sentido común” (Braga, 2009:154). La sociología mucho más que como un conjunto de saberes circunscrito al momento y ámbito laboral, aparece como una verdadera cosmovisión que distingue a los iniciados de los no iniciados (Blois, 2012).

¹⁰ Preciso es reiterar que para el caso de Brasil nos basamos en investigaciones realizadas para las instituciones de mayor trayectoria de San Pablo y Río de Janeiro, y que para el caso argentino lo hacemos en la UBA.

¿La sociología como profesión? Las asociaciones profesionales de sociólogos

Tanto en Argentina como en Brasil, las entidades que buscaron –y buscan- representar a los sociólogos como profesionales estuvieron marcadas por una profunda debilidad, falta de reconocimiento y marginalidad en el campo. Aun cuando en ambos casos pudieron conseguir ciertos resultados tendientes a la regulación de la actividad de “sociólogo”, carecieron de la fuerza necesaria para imponerlos en la práctica. Si, por un lado, lograron la promulgación de un ley nacional de regulación del ejercicio de la profesión, que exige el registro de todo aquel sociólogo que se desempeñe profesionalmente, por el otro, los vaivenes en el número de matriculados, así como el hecho de que sea común dar con sociólogos que desconocen la existencia de esas instituciones (Blois, 2009; Miglievich, mimeo, Torini, 2012), revelan el rol limitado que sus esfuerzos han podido ejercer en la estructuración del mercado laboral.

En ambos países, quizá como consecuencia del propio proceso de difusión y ampliación de los perfiles profesionales, las campañas por la regulación de la sociología como profesión se inician durante la dictadura militar. En torno a la cuestión “profesional”, en Brasil, según señala Marinho, se suscitaban dos posiciones. Por una parte, estaba aquella, “compuesta por sociólogos de alta o en proceso de calificación (maestrado, doctorado, pos/doctorado) dedicados a la investigación en sociología como disciplina académica” para la cual no tenía sentido proponerse esa regulación. Por otro lado, está aquella “integrada, en su gran mayoría, por sociólogos de menor calificación académica y que se enc[ontraban], preponderantemente, en diversos órganos de administración pública [defendiendo] como justa y necesaria la causa de la regulación” (Marinho, 1987:227). Fruto de esos esfuerzos, surgieron en diversos estados distintas asociaciones que buscaron afiliar y representar a los sociólogos con diversas inserciones. Esas asociaciones se organizaron a nivel nacional en 1977 en la Asociación de Sociólogos del Brasil, obteniendo la sanción de la ley en 1980¹¹. Sin embargo, estuvieron siempre sujetas a una fuerte inestabilidad –los períodos de actividad y relativa visibilidad se sucedieron con momentos de virtual inactividad, careciendo de conexiones firmes con los espacios de formación (Lejeune y Mattos, 2005)¹². Sus mayores logros han estado vinculados a los esfuerzos tendientes a la reintroducción de sociología como una materia obligatoria del nivel medio¹³.

Ahora bien, tal debilidad contrasta con la fuerza de la Sociedad Brasileña de Sociología, organización de neto perfil científico fundada en 1950 y recuperada, luego del impasse introducido por la última dictadura militar, a mediados de los ochenta. Esa institución, que agrupa a docentes e investigadores académicos ha sido central, junto con otras instituciones como la ANPOCS, a la hora de negociar los contenidos de las políticas y el monto de los recursos asignados por las burocracias estatales vinculadas al área de educación superior y ciencia (Blundi, 1997; Miceli, 2001)¹⁴. En ese

¹¹ Había habido distintas tentativas de promover la ley sin demasiado éxito desde 1961 (Marinho, 1987).

¹² Tal derrotero sorprende en el contexto de un país fuertemente permeado por una tradición corporativa que tendió a organizar a los grupos profesionales a partir del Estado, tradición recuperada durante la última dictadura militar (Pécaut, 1990). Como apunta Miglievich: Los sociólogos se muestran incapaces de hacer lo que otras profesiones hacen. “Não há exemplos similares a OAB (Ordem dos Advogados do Brasil), a ABI (Associação Brasileira de Imprensa), a IAB (Instituto dos Arquitetos do Brasil) e tantas outras associações profissionais no caso dos sociólogos ou dos bacharéis em ciências sociais - fala-se aqui, também, dos egressos dos cursos de graduação que fizeram seu maior investimento nas áreas de antropologia ou ciência política. Na variedade de interesses e ideologias, engenheiros, médicos, advogados, arquitetos, jornalistas, profissionais de marketing, economistas, administradores de empresas, contabilistas, nutricionistas, enfermeiros, escritores, músicos e demais profissionais liberais criaram e mantêm suas entidades profissionais. O mesmo não ocorre com os sociólogos, quer por não se auto-denominarem profissionais liberais, quer por não se reconhecerem como trabalhadores” (Miglievich, mimeo).

¹³ Tal iniciativa alcanzó su meta a nivel nacional en 2008.

¹⁴ Tal sociedad no tiene equivalente en Argentina. Si bien existieron algunos antecedentes, como la Sociedad Argentina de Sociología y la Asociación Sociológica Argentina encabezada por Germani (y de fugaz duración), no se pudieron sostener a lo largo del tiempo. Sobre esas iniciativas, Cf. Blanco (2006).

sentido, si difícilmente pueda hablarse de una profesión de sociólogo constituido según el modelo de las profesiones clásicas, Marinho no duda en señalar el éxito de los “sociólogos académicos” a la hora de monopolizar ciertas posiciones y recursos. Cuentan para ello con el control de ciertas organizaciones (las mencionadas ANPOCS y SBS) que crean exigencias (como la titulación de posgrado), establecen vinculaciones estrechas con los órganos de financiamiento y logran imponer unos criterios, si bien siempre sujetos a polémica, de lo que es definido como “excelencia intelectual” muy asociados a sus propias saberes y credenciales. “Toda esta estructura constituye una monopolización, o profesionalización, de la cual los ‘sociólogos no académicos’ están excluidos” (Marinho, 1987:230). Como apunta Miglievich, dada semejante organización, “la constatación del esfuerzo innegable y exitoso para la reproducción de los cuadros académicos-profesionales en las universidades contrasta con las dificultades del sociólogo que busca una inserción profesional en el mercado de trabajo más amplio” (Miglievich, mimeo).

Surgido en 1975, el Colegio de Graduados de Sociología (CGS) de la Ciudad de Buenos Aires se constituyó como un espacio de reunión de varios de los sociólogos que habían sido expulsados de la Carrera a partir de la intervención militar. Esta institución mantuvo cierto dinamismo y presencia hasta los primeros años de la vuelta de la democracia. Su sucesor, el Consejo de Profesionales de Sociología, no pudo recuperar aquel lugar y se mantuvo como una relación relativamente marginal¹⁵.

La debilidad de esas instituciones hace que los sociólogos que ingresan en el mercado de trabajo no académico estén en Argentina y Brasil fuertemente individualizados y, por lo tanto, debilitados frente a las exigencias de sus clientes y empleadores. Como apunta Miglievich, dada aquella fragilidad, el “sociólogo que no tiene su círculo de pertenencia en la academia, frecuentemente, no tiene círculo alguno. Está suelto en el mercado, debilitado y desestimulado muchas veces” (Miglievich, mimeo). Del mismo modo, su escasa incidencia en los espacios de formación (situación que contrasta con el rol jugado por las asociaciones representativas en otras profesiones), explican, en buena medida, la desconexión con el mundo del trabajo y su fuerte orientación hacia la práctica académica.

Los sociólogos frente a sus clientes y empleadores

La forma en que los sociólogos desarrollan sus actividades cuando se insertan en una esfera o institución no académica está fuertemente condicionada por la lógica de esos espacios. Por sus objetivos y dimensiones, esas instituciones presentan importantes diferencias: persiguen orientaciones específicas, tienen un tamaño y alcance dispares, exigen tareas y ritmos de trabajo diferenciados, poseen formas de ingreso y jerarquías particulares. Al demandar distintas tareas y saberes, esas esferas promueven la multiplicación de un conjunto diferenciado de prácticas u “oficios” de sociólogo. El trabajo en una esfera, en efecto, tiende a realizarse en base a cánones distintos de aquellos propios de otras esferas. Ahora bien, ¿cómo se posicionan los sociólogos en Argentina y Brasil frente a esas demandas? ¿Se adaptan pasivamente a esos condicionamientos contribuyendo a la producción de esas esferas como esferas separadas o logran imponer una forma de ver el mundo y de operar, vinculada a la disciplina, que permanece más o menos constante más allá de las diversas esferas de actuación?

Según fue adelantado en las secciones precedentes, el trabajo de los sociólogos empleados fuera de la academia está signado por una profunda debilidad frente a las demandas e intereses de sus clientes o empleadores. Fuertemente atomizados e individualizados, deben por lo general trabajar según los plazos, el rigor y el nivel de elaboración o profundidad definidos por quienes lo contratan. Así, es usual que los graduados insertos en el Estado se adapten a una labor en la que aquello que se hace tanto como los procedimientos y los formatos de presentación de resultados ya vienen pautados. Aun cuando

¹⁵ Existen en el país otros colegios de profesionales surgidos a partir de la vuelta de la democracia en los años ochenta (en la provincia de Buenos Aires, San Juan y Santiago del Estero). Su derrotero, pese a ciertas iniciativas en los últimos años, no ha escapado a la suerte de su par porteño.

puedan vivir con malestar un trabajo poco permeable a sus iniciativas, se acomodan a la lógica “burocratizada” predominante. Por supuesto, ello limita el alcance de las preguntas u objetivos que pueden plantearse, generando en muchos casos una profunda desmotivación (Blois, 2012).

En el sector privado, tanto en investigación de mercado como en opinión pública, las necesidades del cliente, en la medida en que financian el trabajo, son un elemento a tener en cuenta. De hecho, hay veces en que a la consultora llega un pedido estrictamente delimitado que indica lo que hay que hacer (estrategia y técnicas metodológicas a emplear, tamaño de la muestra, cantidad de entrevistas a realizar, etcétera), pero también hay oportunidades en que lo que se encarga es más difuso y permite poner en juego una labor más creativa. El trabajo, en esos casos, está lejos de la rutina o monotonía que puede predominar en buena parte de las inserciones estatales.

Ahora bien, para quienes se insertan en el sector privado el mayor condicionamiento es, sin dudas, la necesidad de vender. Ella siempre aparece como un límite a lo que se puede investigar, hacer o decir. Esa dosis de pragmatismo puede implicar el abandono de las propias convicciones sobre la mejor forma de hacer el estudio. Si toda profesión que ofrece sus servicios en el mercado debe lidiar con las orientaciones de un cliente, la atomización de los sociólogos y su escasa organización limitan en este caso la posibilidad de condicionar la demanda. Así, es comprensible que las inquietudes del cliente impongan, sin grandes resistencias o reformulaciones, el tema, ritmo y velocidad del trabajo. En esas condiciones, según reconocen los propios sociólogos, lo importante en una buena proporción de casos es ofrecer argumentos susceptibles de legitimar o justificar decisiones previamente tomadas. Tal tendencia era criticada por Durand para quien los investigadores de mercado terminan siendo “dócilmente limitados a lo que el cliente postula, acatando el principio de que las informaciones que recogen son propiedad exclusiva de quien las paga” (Durand, 1984:78).

Esta es la parte... pragmática, de la *real politik*, de la “real investigacionsik”. Hay dos maneras de enfrentar un problema, dos metodologías posibles, ¿no? A mí me puede parecer por el objetivo de la investigación, por las características del producto, por una serie de razones que es mejor un diseño que el otro. Y puedo estar bastante convencido. Ahora, a lo mejor mi cliente con otros argumentos que a mí incluso me pueden parecer que no son los mejores, cree que hay que hacerlo de otra manera. Y la verdad que yo le quiero vender el estudio así que vamos por ahí. ¡Sí es para vos! Yo te ayudo mientras vos me dejes que te ayude. Si a vos te parece otra cosa... Entonces, otra vez, en la vida académica eso no pasa. Vos te sentarás con tu director y le decís "che, mirá, tengo diez entrevistas, la verdad que no sé si ordenarlas de una manera, la otra". Y si vos estás convencido con algo la discutís hasta el final. Si tenés... qué sé yo... cierto respeto intelectual por tu director te dejarás convencer. Acá yo tengo que vender un estudio y entonces lo que decís muchas veces tiene que ver con lo que vos te imaginás que es una línea de trabajo que te puede ayudar en la relación con el cliente... qué sé yo... La investigación de mercado está cruzada por muchas otras cosas (sociólogo, 45 años, graduado en 1989, dueño de consultora de análisis de mercado, antes empleado en consultora de opinión pública y sector académico, Argentina).

La producción de información agregada en una ONG suele tener, en comparación con lo que ocurre en el Estado, un carácter más flexible. De hecho, los sociólogos muchas veces son contratados por manejar un conocimiento metodológico para la construcción de datos e indicadores que resulta ajeno al personal estable de la institución. En esas condiciones, suelen contar con un importante margen para diseñar el estudio, definiendo preguntas y objetivos de manera más autónoma. Sin procedimientos estandarizados o previamente establecidos, el trabajo es más permeable a las orientaciones y decisiones individuales. Pueden, en ese sentido, llevar a cabo de acuerdo a su buen entender, el conjunto de la investigación.

Sin embargo, no es inusual que las necesidades de la institución limiten fuertemente aquello que se puede decir. Pese a que en este caso no está la necesidad de contemplar los intereses de un cliente, el pragmatismo no desaparece. Siempre es preciso convencer a los financiadores de la utilidad o bondades del estudio o intervención a realizar. Nada que disminuya esas posibilidades puede entonces figurar en el informe sin generar resistencias. Aquí, como en el mundo de las empresas, es necesario conocer el juego “político” donde se inserta quien encarga el estudio.

Yo tuve cuatro investigadores, uno era el más responsable, los otros tres ya sabían la dinámica de laburar adentro de la ONG. Entonces los otros tres hacían un laburo de mierda, pero aceptable para trabajar en una ONG. Uno que lo había llevado yo, era el más crítico, para mí, el mejor laburo sociológico... Le reescribieron el artículo porque el análisis que hacía era muy crítico. Y no había lugar para un análisis crítico. Entonces, con la cantidad de guita que venía, lo que había que hacer era un “como si”. Y yo me quedé re enojada, con una sensación de que no me hagan investigar si vamos a tener que mentir en los resultados. Para eso no investigo. Vamos a mentir desde el principio, no vamos a estar tres meses para escribir esto. (socióloga, 34 años, graduada en 2001, consultoría free lance para el Estado, ONGs y empresas, antes empleada del área de investigación de mercado en empresa multinacional, Argentina).

Así, lo que los sociólogos de las profesiones (los funcionalistas tanto como sus críticos) le han reconocido a las profesiones, la posibilidad de mantener frente a las demandas de sus clientelas una cierta independencia de criterio para definir la forma en que satisfacen esas demandas y se encara el trabajo (manteniendo de hecho una posición dominante en su relación con el cliente), no aparece como posibilidad para los propios sociólogos. Ellos tienden a mantener una posición subordinada, muy debilitada a la hora de condicionar las orientaciones e intereses de quienes contratan sus servicios. La posición o potestad de un médico, un abogado o un ingeniero, que no toma en cuenta las opiniones de su paciente o cliente profano a la hora de fijar sus diagnósticos o estrategias no es pensable para el caso de los sociólogos. Por el contrario, según suele ocurrir, quedan presos de la lógica del mercado o de la organización burocrática donde el que paga los servicios impone los criterios a partir de los cuales se realiza el trabajo (Freidson, 2001)

Por supuesto, la posibilidad de reclamar un mayor margen de acción en las diversas instituciones donde los sociólogos intervienen no es algo que pueda afrontarse desde un plano individual. Si un graduado mostrara demasiados pruritos a la hora de responder lo que le pide su cliente o empleador en nombre del rigor o profundidad sociológicos, es dable pensar que perdería su trabajo al poco tiempo, reemplazado por un colega más “realista” o pragmático. Como nos recuerda la propia sociología de las profesiones, la instauración de un margen de autonomía para suministrar un servicio cualquiera (aliviar un dolor, aplicar la ley, construir un puente, etcétera) implica la organización y movilización colectiva de un conjunto de individuos que compartiendo una misma formación deciden regular su práctica y comprometerse con unos principios operativos y éticos compartidos. Ahora bien, en el caso de los sociólogos en Argentina y Brasil, donde la comunidad profesional es débil en lo que hace al ejercicio fuera de la academia, “su fragilidad implica el debilitamiento de una categoría entera de profesionales” (Miglievich, mimeo). En esas condiciones, “es el mercado el que nivel la profesión [de modo tal que] son los atributos valorizados por el mercado –la respuesta rápida, la información sin pensamiento, el foco en el cliente- que dictan la configuración del sector y de las habilidades exigidas” (Braga, 2009:165)¹⁶. La sociología, en esa medida, termina configurándose como una disciplina balcanizada, recortada en cada esfera de acción según la lógica de esas esferas.

¹⁶ Por razones de espacio, hemos debido dejar de lado aquí la consideración de los sociólogos empleados en la academia. Allí, producto de la institucionalización de un sistema académico relativamente fuerte en Brasil y de desarrollo más reciente

Bibliografía

- Alves, Ana 2007 “Objetivação participante – Um estudo sobre a identidade profissional dos sociólogos da cidade do Rio de Janeiro”, Tesis de Maestría, UFRJ.
- Becker, Howard (2009): *Outsiders*, SigloXXI, Buenos Aires.
- Bekerman, Fabiana (2009): “El campo científico argentino en los años de plomo: desplazamientos y reorientación de los recursos”, *Sociohistórica. Cuadernos del CISH*, n°26.
- Beltrán, Gastón (2010): “Las ciencias sociales y el surgimiento de un mercado del saber experto. Las bifurcaciones de la sociología argentina en el final del sigloXX”, en Rubinich, L. y Beltrán, G. (eds.) (2010): *¿Qué hacen los sociólogos?*, Buenos Aires, Aurelia.
- Blanco, Alejandro 2006 *Razón y modernidad. Gino Germani y la sociología en Argentina* (Buenos Aires: SigloXXI).
- Blois, Juan Pedro 2009 “Sociología y democracia. La reorganización de la carrera de sociología en la Universidad de Buenos Aires (1984-1990)” en *Sociohistórica. Cuadernos del CISH* (La Plata) N°26.
- Blois, Juan Pedro 2012 “Obligados a elegir ‘entre el sacerdocio y la prostitución’. Socialización universitaria y prácticas profesionales de los sociólogos de la UBA”, Tesis de Doctorado, UBA.
- Blundi, Maria (1997) O financiamento das Ciências Sociais no Rio de Janeiro: O caso da FINEP, Tesis de Maestría, UFRJ.
- Bonelli, María da Gloria 1993 “Identidade Profissional e Mercado de Trabalho dos Cientistas Sociais” Tesis de Doctorado, Campinas.
- Braga, Eugenio 2009 “Cientistas sociais extra-universitários: identidade profissional no mercado da pesquisa”, en *Estudos de Sociologia*, Vol. 14, N°26.
- Delich, Francisco 1977 *Crítica y autocrítica de la razón extraviada* (Buenos Aires: El Cid Editor).
- Dubet, François 2012 *¿Para qué sirve realmente un sociólogo?* (Buenos Aires: SigloXXI).
- Durand, José 1984 “A Mal-Assumida Profissão de Sociólogo” en *Revista de Administração de Empresas* (San Pablo) Vol.24, N°3.
- Freidson, Eliot (2001): *Professionalism. The Third Logic*, Chicago, The University of Chicago Press.
- Liedke Filho, Enno 2005 “A sociologia no Brasil: história, teorias e desafios” en *Sociologías* (Porto Alegre) n°14.
- Marinho, M 1987 “A profissionalização da sociologia no Brasil”, *Dados*, v.30, n°2.
- Miceli, Sérgio 1995 “O cenário institucional das Ciências Sociais no Brasil” en Miceli, Sérgio (org.) *História das ciências sociais no Brasil, Vol. 2* (San Pablo: Sumaré).
- Miglievich (mimeo) “A profissão do sociólogo: os casos IBASE, BASE, IBAM e DN-SENAC na cidade do Rio de Janeiro”.
- Moraes Filho, E. 1966 “Regulamentação da profissão de sociólogo” en *Síntese Política Econômica Social*, n°31.
- Neiburg, Federico 1998 *Los intelectuales y la invención del peronismo* (Buenos Aires: Alianza).
- Pécaut, Daniel (1990), *Os intelectuais e a política no Brasil. Entre o povo e a nação* (San Pablo: Editora Ática).

en Argentina, se ha consolidado una práctica relativamente más autónoma. Tal práctica, en la medida que tiende a incentivar las actividades o iniciativas dirigidas hacia los propios pares en detrimento de aquellas destinadas a audiencias o públicos más amplios, ve menoscabada su capacidad de incidencia social. De esa manera, se tienden a configurar dos sociologías: una, desarrollada en la academia, ciertamente autónoma y por lo tanto capaz de poner en juego una mirada crítica pero que se desliga de la intervención social (o llegada a públicos más amplios) y, otra, desarrollada en diversas instituciones no académicas que, sin reclamar un mínimo de autonomía, interviene en la sociedad y las instituciones pero a partir de una accionar que adhiere de manera pasiva a sus pedidos y solicitudes.

- Pereyra, Diego (2007): “Cincuenta Años de la Carrera de Sociología de la UBA. Algunas notas contracelebratorias para repensar la historia de la Sociología en Argentina”, *Revista Argentina de Sociología*, CPS, Buenos Aires, V, 9.
- Rubinich, Lucas y Langieri, Marcelo (2007): “La sociología ahora”, en *La sociología ahora*, Buenos Aires, SigloXXI.
- Sarlo, Beatriz 2002 *La batalla de las ideas* (Buenos Aires: Ariel).
- Sigal Silvia 1991 *Intelectuales y poder en la década del sesenta* (Buenos Aires: Puntosur).
- Suárez, Francisco 1973 “Algunas reflexiones sobre los procesos de Institucionalización de la Sociología en la Argentina durante los últimos años” en *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. 35, nº1.
- Torini, Danilo 2012 “Formação e identidade profissional: a trajetória de egressos de Ciências Sociais”, Tesis de Maestría, San Pablo.
- Trindade, Hélió 2007 “Las ciencias sociales en Brasil: fundación, consolidación y expansión” en Trindade, Hélió (coord.) *Las ciencias sociales en América Latina en perspectiva comparada* (México: SigloXXI).
- Vianna, Werneck 1994 “Cientistas Sociais e Vida Pública”, *DADOS*, Vol. 37, nº. 3.
- Villas Boas, Glaucia 2006: *Mudança provocada: passado e futuro no pensamento sociológico brasileiro*, Río de Janeiro, FGV.
- Villas Boas, Glaucia y Chor Maio (org.) *Ideais de Modernidade e Sociologia no Brasil* (Porto Alegre: EDUFRGS).